

El Mercurio

Antonio Martínez

RAUL RUIZ: MITO CHILOTE

Antonio Martínez

Ni con un mapa detallado se podría seguir la filmografía de Raúl Ruiz, que en 30 años de carrera se ha encargado de no dejar huella y de navegar siempre en zigzag por una ruta que ha sido tan persistente que bien se podría llamar a un concurso: que levante la mano el que ha visto todas las películas de Raúl Ruiz, francés, chileno, argentino, norteamericano, el que sea y si esa persona vive que levante la mano.

Un premio desierto para un espectador imposible frente a una filmografía larga, oblicua, esquiva y escurridiza que debería rondar las 45 películas según los datos, las creencias y las suposiciones. Desde los cortos realizados a mediados de los 60 en Chile, pasando por "Tres tristes tigres", "La colonia penal" o "Nadie dijo nada", hasta lo que filmó en Francia en los 70 y 80 "La vocación suspendida", "La hipótesis del cuadro robado", "El tuerto", "El territorio", "Las tres coronas del marinero" y lo que ha seguido realizando, sin descanso ni territorio, para la televisión, o para el cine, cortos, largos, medios, también teatro, ópera, instalaciones de arte, alguna novela, además guiones en esa vertiente inagotable de imaginación, talento y trabajo que no parece tener causas ni remansos.

Raúl Ruiz es como una mancha voraz que avanza en todas las direcciones, que filma y sigue filmando, que rueda y acumula, que suma y amontona. Nació en Puerto Montt, en 1941, lleva a Chiloé en la sangre y en la mente, se hizo cineasta por la amistad con el escritor y crítico de cine José Román, es un fascinado admirador de la "chuecura" nacional, contrario a cualquier dirigismo cultural e incómodo para la ideología reinante, incluso en tiempos de la Unidad Popular ("Papito no corras, socialismo hay en todas partes"). Un tiempo por el que ahora, sin embargo, Ruiz puede sentir algo parecido a la nostalgia.